

baudelaire, poeta de parís en “las flores del mal”

MARTHA MENDEZ GUZMAN

Profesora Titular de Literatura Francesa en el Instituto Central de Lenguas de la Universidad de Concepción.

Profesora de Francés (Universidad de Chile). Título de aptitud a la enseñanza del Francés fuera de Francia (Alianza Francesa — París, 1050). Estudios de Literatura en la Sorbona — París. Diploma de Literatura Francesa Contemporánea, Sorbona — París. Estudios de arte en el Louvre — París. Dictación de un Seminario para otorgar el título de Profesor a egresados de las Universidades, sobre **“La temática del teatro de Anouilh”**. Ha dictado cursos de temporada: enero de 1961: **La novela en el siglo XX**; enero de 1962: **El existencialismo, Sartre**.

Ha tenido a su cargo la dirección de Memorias para optar al título de Profesor de Estado. Algunos temas son: **“Visión de Sartre sobre el Existente”** — Baudelaire; **Las clases sociales en “Un Début dans la vie” de Balzac**; **Dos personajes de Julien Green**; **La mujer a través de los cuentos de Maupassant**; **La comedia y la melancolía en el teatro de Marcel Pagnol**; **El problema del mal en las novelas de Albert Camus**; **Ánalisis del amor en la obra de Francoise Sagan**; **Los débiles en “Los Misérables” de Victor Hugo**.

Artículos publicados: **Aspecto literario de la lengua francesa**, **“El Diario Color”**; **“Julien Green, el último inmortal”**; **“Reflexiones sobre el Cementerio Marino”**, de Valéry; **Recordando a Rimbaud**; **“En busca de Tiempo Perdido”**, la obra cíclica de Proust; **El “Vieux Colombier” y su influencia en el teatro francés**. Todos en el diario **“El Sur”** de Concepción.

El poeta es el hombre que tiene una percepción especial de cuanto le rodea; él siente las pulsaciones del Universo, aquellas más ocultas que el común de los hombres no percibe y las trasmite en un lenguaje dotado de una carga emotiva de validez general. El hace revivir nuestros sentimientos extinguidos y nos revela relaciones inesperadas entre objetos al parecer sin conexión alguna.

Según Carlos Asselineau, "El alma del poeta es necesariamente un alma colectiva, un cuerpo sensible y siempre en tensión, que hace vibrar las pasiones y los dolores de sus semejantes".

Baudelaire es uno de estos poetas, uno de aquellos que según Sainte-Beuve "buscan la poesía en todas partes", y el Marqués A. de Coustine completa la idea escribiéndole al poeta: "Refleja usted, como un espejo, el espíritu de un tiempo".

Baudelaire, dedicado desde temprano a la profesión de las letras, valoraba de acuerdo a su posición y a sus ideas la misión del poeta. En su poema "Bendición", expresa su voluntad de crearle una situación aparte, privilegiada.

"Yo sé que le guardáis al Poeta un lugar,
en las filas armónicas de las santas Legiones;
y que en la eterna fiesta le invitais a cantar
con los Tronos, Virtudes y Dominaciones".

También su famoso poema "Correspondencias", señala al poeta como receptor de una revelación especial en el templo de la naturaleza.

La concepción romántica de su época le hace comparar el poeta al albatros, esta gran ave marina, que herida cae sobre un barco donde es vejada por los marineros. Baudelaire siente en lo íntimo de su ser esta situación y dolido por lo que a él atañe exclama:

"El Poeta recuerda a este rey de los vientos
que desdeña las flechas y que atraviesa el mar;
en el suelo, cargado de bajos sufrimientos,
sus alas de gigante no le dejan andar".

Su acendrada idea de la gratuidad de la poesía y de considerar al poeta un superhombre se ubica a distancias siderales de aquella que tenía por ejemplo Malherbe, cuando en el siglo XVII consideraba "que un buen poeta no es más útil al Estado que un buen jugador de palitroque".

Baudelaire nació en París, la ciudad que ha sido y es el centro de todas las actividades artísticas y literarias, lugar a donde convergen todos los hom-

bres de letras y artistas que anhelan una consagración mundial, pues, es de todos sabido que París ostenta el cetro cultural que impera sobre el resto del mundo.

A este París que le vio nacer, Baudelaire lo abandonó en contadas ocasiones, dos veces debido a fuerza mayor: para vivir en Lyon cuando niño, por el traslado de su padrastro el comandante Aupick y cuando éste lo forzara a embarcarse en un viaje a las Indias para hacerlo desistir de sus intentos literarios antes de su mayoría de edad. Una sola vez voluntariamente para ir en una corta estada a Bruselas.

Estos hechos demuestran fehacientemente la atracción que París ejercía sobre Baudelaire. No hay duda que el enamorado de las Musas, amó la capital de Francia con ese amor acendrado, con esa cálida ternura de un hijo hacia su madre. La amó porque ahí se discutían las creaciones estéticas y podía discutir sus ideas con los literatos y artistas de su época. Pero este amor por París no es una exclusividad de Baudelaire.

Si examinamos el sentir popular verificaremos que este sentimiento se ha plasmado en la canción desde tiempos muy remotos:

“J'aime Paris et ma amie” Amo París y a mi amiga

La canción moderna exhibe la continuidad de este efecto:

“Tengo dos amores: mi país y París”.

Este interés por París lo han manifestado en el curso de su historia todas las capas sociales, desde las más humildes hasta los gobernantes. Es famosa la frase de Enrique IV el calvinista, que a su religión prefiere el reino, con París por capital.

“París, bien vale una misa”.

El común de los parisienses, las generaciones que se suceden ineluctablemente han sabido valorar la belleza de su ciudad, esa belleza que fluye de sus monumentos arquitectónicos, de sus avenidas umbrosas, de sus jardines soleados, de su río que se esurre blandamente bajo las arcadas de los puentes. Pero a todos ellos les ha faltado la magia del verbo, esa chispa divina para trasmisir en páginas inolvidables todo el arroabamiento y la dicha que su ciudad les ha otorgado.

Sólo los escritores, por ser ellos quienes enarbolan la antorcha que atraviesa los siglos, han sabido dejar constancia de este amor sin flaquezas, de este sentimiento creador de energías vitales para su vida literaria.

Muchos nombres ilustres podrían atestiguar este aserto. Pero no creemos que sea el momento de citarlos; bástenos sólo referirnos a dos de ellos: Balzac y Víctor Hugo por ser ambos contemporáneos de Baudelaire. Balzac, en el extraordinario aglutinamiento y en la complejidad del mundo que creó, hace gravitar en él como una luz persistente sus “Escenas de la vida parisienne”. Este novelista con su exuberante vitalidad refleja en esta parte de su obra su visión del París moderno, de su sociedad, de su política, y de los mil dramas que afligen a sus habitantes.

Víctor Hugo, por su parte, que vive en París, desde su infancia empieza a

cantarla recordando nostálgicamente su casa de la calle de las Feuillantines para seguir dibujando en sus versos los mil aspectos de París, ya que él pretende ser "el eco sonoro de su época". Pero es en "Nuestra Señora de París" donde concentró su amor a esta ciudad enriquecida por una de las más hermosas catedrales francesas. Aquí la evoca en toda su belleza arquitectónica junto con hacer revivir el París de antaño con sus callejuelas estrechas, las mil supersticiones de sus habitantes y la vida agitada de sus estudiantes.

Baudelaire siguió la línea emprendida por sus padres en la evocación de París. Su amistad con Balzac y la lectura de sus obras lo ayudó a comprender aspectos ignorados de tiempos remotos de la ciudad de sus sueños. Sin embargo, su genio poético tiene ribetes diferentes, porque él busca en la gran urbe, no la descripción de una avenida o de un jardín, no precisiones de objetos o de seres, sino que persigue lo extraño, lo sutil, el aspecto imprevisto que lo llevará a crear una belleza particular, exactamente en aquello que parecía no contenerla. No olvidemos sus concepciones poéticas. Según él "el principio de la poesía es, estricta y simplemente, aspiración humana hacia mayor belleza y la manifestación de este principio es entusiasmo, es rapto del alma completamente independiente de la pasión, que es la embriaguez del corazón y de la verdad, que es pan de la mente".

Desde el primer enfoque de su pintura de París aparece visible su deseo de presentarnos una realidad de la ciudad diferente de la ya conocida. Tal vez pensando en esto el Marqués A. de Coustine le dice "Un poeta es un espejo que escoge", y Baudelaire escogió: los viejos arrabales, el humo, los seres desheredados que pueblan la calle, todo aquello que a primera vista choca, que encierra una fealdad repugnante, pero de lo cual con mórbida ternura, con delicadeza de madre, él ha sabido fijar lo inaprensible y extraer haces de luz de la opaca realidad visible.

Para comprender mejor los poemas de Baudelaire debemos recordar lo que era París en el siglo XIX. La ciudad de esa época después de las revoluciones de 1830 y de 1848 trató de engalanarse, de alhajarse, de cambiar su fisonomía un poco triste por otra más alegre dando paso a las grandes avenidas y formar así bellas perspectivas. La urbe se ha propuesto rejuvenecer y poco a poco se transforma totalmente. Los edificios adquieren una nueva fisonomía, como es el caso de la Ópera y de numerosas iglesias a las cuales Viollet le-Duc, entre otros, imprime nuevos toques artísticos. Hospitales, iglesias y teatros surgen junto a otras construcciones proyectando un aspecto renovado a la capital francesa.

Haussmann, el gran urbanista de París, demuele casas, abre boulevares, crea amplias arterias, despeja la plaza de Nuestra Señora de París y del Louvre, para no señalar más que éstas. Los jardines de la ciudad son materia de especial preocupación para sus autoridades. Muchos tratadistas se interesan por señalar las líneas directrices de sus macizos florales, por indicar sus ideas de estética apropiadas a una gran urbe, Thouin, Richou, Vergnaud, entre otros. Los jardines ingleses se mezclan a los franceses dando un nuevo colorido, envolviendo en un perfume impalpable la ciudad que hasta aquí estaba ensombrecida por el humo de las fábricas.

Todos estos cambios impregnaron la pupila del adolescente primero, y del

poeta formado más tarde. Este va viendo diseñarse ante sus ojos el nuevo colorido de la gran metrópoli, pero su inconsciente conserva el recuerdo de ese tiempo pasado, cuando la proximidad de las fábricas enturbiaba la atmósfera parisina, cuando existían las callejuelas estrechas, reducto imbatible de crímenes y de miseria. Así, con ese trasfondo de visiones confusas de una niñez desaparecida, fue escribiendo Baudelaire el conjunto de poemas que con el título de "Cuadros Parisienses" inserta en "Las Flores del Mal".

Baudelaire escribe su obra organizadamente, haciendo aflorar a su mundo consciente lo que él desea mostrar y sólo lo que él desea. Si el azar de las circunstancias le brinda mil temas a su fantasía creadora, él los deja sedimentar para destilar de ellos ese néctar especial en que él se complace, esa bebida amarga que ofrece en poemas de factura impecable y que suelen herir las carnes como un latigazo. Aunque los hay también que encierran un bálsamo para el espíritu y semejan, a los perfumes por él descritos:

... "frescos como carnes de infantes
verdes como praderas, dulces como el oboe"

en que se siente palpitar la nostalgia infinita del Paraíso perdido.

Ateniéndonos a esta dualidad no es extraño encontrar en cuadros parisienses varios tipos de poemas, y sobre todo al tratarse de París, ciudad que ofrece a sus ojos una realidad polifacética.

Ya hemos dicho que Baudelaire amaba a París, pero no sólo por las razones antes expuestas, sino porque además esta ciudad constituía un lugar de placer, de libertinaje, de erotismo, todo lo cual convenía a su capacidad real de abstraer de allí la esencia impalpable con que constituiría el manojito pequeño de los poemas de "Cuadros Parisienses" que insertaría en su ramillete emponzoñado, así la invoca:

"¡Oh ciudad!, en lo rojo de tus siniestros fuegos
y en la gran baraúnda de tu placer cegado".

París es para él sangre de su sangre, lo siente bullir en torno suyo en todo instante, aun en los momentos de mayor ensimismamiento:

"La calle tumultosa en torno resonaba".

Su conocimiento profundo de la urbe que lo vio nacer, su deambular constante, su frecuentar clubes y cafés unido a su estado anímico configuran los ingredientes esenciales de la contextura de sus "Cuadros Parisienses". ¿Cómo pinta entonces el poeta a París? Pareciera que para él la metrópoli fuera un ser viviente, un ser con todos sus atributos corporales y espirituales; una mujer amada, no necesariamente hermosa, sino arrebolada con esa fealdad de la cual él sabe extraer una espiritualidad ignorada, un caudal de estremecimiento.

No es sorprendente entonces que en el florecimiento artístico de este pequeño grupo de poemas, sienta el poeta un impulso irresistible por hacer revivir seres decrepitos, criaturas degradadas que su arte creador dota de una vida nueva. Así desfilan blandamente por sus poemas, viejecitas, ciegos,

mendigos, cortesanas viejas, etc. Es la fealdad que pulula a diario por las calles de París, aunque ante la urgencia vital, nadie advierte a no ser para ridiculizarla. Pero Baudelaire la contempla con todo su ser y su atención se dirige principalmente a aquellos que enfermos de la vista no pueden gozar del espectáculo que los rodea.

“¡Alma mía, contémplalos! Son tristes, espantosos.
Vagamente ridículos, maniquíes siniestros”.

son horribles, pero el poeta los ama y compara estos tristes ciegos a sí mismo. La introducción del pronombre “nosotros” en el poema “Los Ciegos” nos invita a su asimilación cierta con ellos. Para él, estos seres desprovistos de visión son la imagen de su propia búsqueda. Al compadecerse de los ciegos es a sí mismo a quien el autor compadece; ellos simbolizan para él su propia impotencia, su anhelo insatisfecho de una visión celeste.

La inclinación del poeta hacia esa muchedumbre humilde, sufriente le viene a Baudelaire de su conocimiento pleno de Edgar Allan Poe. Al descubrir y traducir con amor sus cuentos, trabajo que le ocupó una gran parte de su vida, descubre la estética del vate americano. Mientras realiza esta obra fue valorando poco a poco la técnica analítica de este escritor y al darse cuenta del rigor utilizado por Poe, comprendió que el poeta debía ser también una especie de artesano, en el sentido de que el poeta busca la belleza. Naturalmente esta búsqueda exige trabajo, ella no se encuentra al alcance de la mano y para conseguirla es necesario esfuerzos incruentes. Piensa Baudelaire que depende del poeta el liberar sus fuerzas inconscientes para obtener un estado que vaya más allá de lo natural, más allá del mundo sensible. Así se esfuerza para dar realidad a las sensaciones fugaces que experimenta al contacto con los desheredados de la vida y por eso los observa con deleite:

... “yo acecho, obedeciendo mis humores fatales,
de unos seres decrépitos las tragedias menudas”.

Esta no es una actitud pasajera, un deseo repentino y escurridizo. Al contrario afirma:

“Yo acostumbro a seguirlos a las pequeñas viejas”.

Esta observación continua trae consigo la formación de un estado anímico especial, ese estado que el alma humana adopta para reaccionar contra la tristeza. Y poco a poco se produce en el poeta un desplazamiento de la visión y esos “monstruos rotos, caídos”, se transforman lenta pero inexorablemente; adquieren una esencia espiritual al imaginar el poeta la plenitud y riqueza de sus vidas de otrora; así las viejecitas opacas e inertes aparecen trastocadas:

“su ojo brillaba como la punta de una lanza
y su frente de mármol, merecía un laurel”.

La adhesión espontánea de Baudelaire hacia esas ancianas, mujeres que un día fueron tal vez lustre y gloria de sus hogares, artistas o cortesanas famosas, se traduce en una onda síquica de avasallante melancolía.

"Y una, porque a la patria se ofreció valerosa;
otra, porque a su esposo había amado tanto;
otra, porque sus hijos le han hecho Dolorosa,
todas formar podrían un río con su llanto".

Baudelaire, en la continua observación de la realidad circundante, trata de aglutinar los ingredientes esenciales que correspondan al estado de tristeza que lo domina. El sabe que uno de ellos es la oscuridad, por eso es natural que su búsqueda se prosiga en la noche "amiga del criminal", donde es posible ver surgir todo un antro de perversidad y de vicio: jugadores, rameras, estafadores, rateros. Pero a pesar de su inclinación por los vagabundos y los criminales de la noche, el poeta piensa en los sabios que admira, y en los trabajadores, esos hombres esforzados, por los cuales deja traslucir una auténtica piedad. Dirigiéndose a la noche la invoca

... "Tú alivias, en su viaje,
.....
al sabio que el deseo de conocer inflama
y al obrero encorvado que desea la cama".

Símbolo del estado de ánimo del poeta, de su visión entrustecida de la urbe es su poema "Los siete ancianos". Aquí pareciera que Baudelaire pusiera en práctica la función que Carlos Asselineau asigna a la poesía "realizar para nosotros la vida complementaria del sueño, del recuerdo, de la esperanza, del deseo". Hemos visto ya que el inconsciente del poeta lleva grabado en caracteres indelebles a esos hombres y mujeres que constituyen los guíñapos de la humanidad. El vivir sumido en esos pensamientos constantes, en ese sueño despierto le obnubila la visión real de los hechos. Así, al percibir a "un viejo de harapos amarillos" que tenía "el aspecto de un cuadrúpedo enfermo", trastroca la visión proyectando una imagen distorsionada que se multiplica en su mente como una alucinación. La poderosa energía que revela este cuadro en que el imperio del mal domina, nos sobrecoge, y nos incita a realizar la misma acción del poeta:

"Volví la espalda, mudo, al cortejo infernal".

La especial angustia de Baudelaire surge no sólo del aspecto horroroso del anciano de "la mala mirada de sus ojos odiosos", sino también de sus du- das mentales, que le horripilan; del desvarío de su razón ante su obsesión constante.

"Mi razón, vanamente, se cogía a la barra
del timón, la tormenta la hacía vacilar
y danzando, danzando como vieja gabarza
sin mástiles, mi alma corría a naufragar".

Estas representaciones visuales corresponden a las que su imaginación elabora con los datos que la realidad le ofrece a diario, pero su voluntad permanece consciente y su verso traduce el pensamiento que lo guía para delinear en cada poema el elemento vertebrador que pretende dar a sus "Flores del Mal". Cada criatura, cada objeto está desdoblado, presentado bajo

diferentes ángulos, mostrando así que se puede presentar una divisiabilidad ilimitada del efecto estético que será tanto mayor cuanto más variedades ofrezca.

Como apoyo a esta aseveración podríamos citar el poema "A una mendiga de cabellos rojos". Baudelaire persigue aquí inquebrantable su pertinaz esfuerzo de asirse al mal como fuente primera de donde extraer la belleza extraña que constituye la atmósfera persistente que envuelve todo su libro. En el acontecer erótico de la ciudad percibe una joven mendiga que avanza con su sino de perversión como una predestinación

"que chales mal anudados
muestran a nuestros pecados
tu seno y sus rubíes rojos
como dos ojos".

Pero el forjador de ilusiones que es todo poeta, trasmite una carga de mágica belleza a esta niña de "harapos flojos", a esta criatura humillada por los hombres. Y de nuevo asistimos a la adhesión espiritual de Baudelaire, a esta aquiescencia de todo su ser a la hermosura que descubre en esta joven depravada que va mendigando indiferente a cuanto la rodea

"Ve, pues, sin otro ornamento,
perfume, ni paramento
que tu desnuda pobreza,
¡oh, mi belleza!"

Prosigue Baudelaire la plasmación de su idea directriz de extraer lo bello de los vicios que dominan la humanidad, de la cual él no se excluye

"—hipócrita lector, lector, hermano mío!"

Uno de estos vicios es el juego. Lo describe con la precisión de un ojo avizor que percibe todos los detalles. Con su maestría característica establece una correspondencia entre sus representaciones visuales y sus sensaciones auditivas: la actitud de los jugadores y el ruido del metal sobre el tapete. Se siente al poeta vibrar de indignación ante la pasión enceguecedora que hace al hombre perder la noción de la realidad; se estremece de ver sumergirse en el cieno aún a los que se jactan de ser guías de la humanidad como los "preclaros poetas". Pero el espectáculo de la pasión desatada pone de manifiesto la duplicidad de las impresiones de Baudelaire; por un lado comprueba que el tapete verde y los que lo rodean fascinados

... "es el negro cuadro de mi sueño nocturno
que vino con su horror a turbar mi reposo"

y por el otro siente la atracción irresistible hacia esos seres, juguetes de una fuerza que no pueden controlar y los envidia. ¿Por qué, si él ha visto hasta el fondo la degradación que esto significa? Es porque en su espíritu cobra reciedumbre el sentimiento de que la pasión es vida, vida bullente que satisface todas las aspiraciones del hombre, y satisface su ansia de immortalidad aunque ésta termine en los abismos infernales.

... "ebrio de su sangre, prefiere, al fin y al cabo, el dolor a la muerte y el infierno a la nada".

La fatal tendencia del autor hacia lo mórbido, lo hace vislumbrar entre los repliegues lóbregos de su conciencia a una madre, ese ser que todo hombre venera. Con amargura la ve como olvidada de su misión sublime, únicamente deseosa de engalanarse, rebajando su dignidad para ser sólo mujer, ya

"que se mira al espejo la belleza difunta
y estuca, impía, el mismo seno que te ha nutrido".

A través de todos estos poemas de libertinaje, de bajeza moral, en que desfilan horripilantes guiñapos humanos, se advierte flotar un concepto común; el poeta desea gestar una belleza nueva, diferente, que impacte la sensibilidad de su época produciendo una conmoción anímica. Comprende que su facultad sensitiva le permite intuir lo bello y transmitirlo partiendo de una exterioridad grosera y vil. Sin embargo, Baudelaire escapa por momentos a su visión pesimista y se produce en él un imprevisible desplazamiento hacia una visión de dicha en que el recuerdo de su niñez florida emerge con ribetes especiales, de modo que en sus cuadros parisienses aparecen algunos poemas, muy escasos, que toman un cariz antagónico a lo señalado anteriormente. Esto se manifiesta cuando vagamente hace alusión a su madre y a su vida hogareña antes de su matrimonio de ella con el comandante Aupick. No debemos olvidar el gran amor de Baudelaire por su madre, la adoración que sintió por ella desde su infancia y muy particularmente en la época de su viudez. Este afecto enterñecedor lo manifiesta en las innumerables cartas que le escribió constantemente. La nostalgia lo invade cuando transcurre el tiempo sin haberla visto. Así el 27 de junio de 1853 le suplica "¿No podrías enviarme una carta para darme una cita donde pudiéramos conversar una o dos horas?... Sería estupendo si fuera un almuerzo, una comida o un paseo. Pero esto es un lujo que no es indispensable". Más tarde insiste: "No puedo nunca verte, no puedo ir a tu casa y tú no puedes venir, haces un mal cálculo, pues no podrías creer, el bien que a veces experimentaría de verte".

En un momento dado el comandante Aupick y su mujer van a partir para España. Ante la idea de la ausencia prolongada de su madre la ternura del hijo resurge con nuevos bríos. Desolado le escribe: "Pobre madre querida, la ternura tiene una cabida muy pequeña en esta abominable carta. Te diría que diez veces he ideado el proyecto de procurarme dinero para correr a Madrid únicamente para estrecharte la mano, ¿tú no me creerías, no es cierto?... Te diría que sumergiendo en mis espantosas melancolías, converso a menudo, en voz baja contigo, tú no me creerías. Creerías que son simulaciones de cortesía filial. Tengo un alma tan especial que yo mismo no me reconozco".

Es esa alma suya que a pesar de la visión satánica que nos ofrece del mundo, de la maldad inherente a la naturaleza humana, sabe encontrar en los repliegues más recónditos de su alma y de su corazón, ese toque sutil, ese recuerdo imperecedero que parecía sumergido en la bruma de los días opacos transcurridos. Por eso de repente brota con un encanto nuevo, como un

agua cantarina que trae el frescor a la garganta reseca ese poemita pequeño en que resuena la dicha de otrora. Aquí el hombre amargado, que ha sufrido los mil sinsabores de la vida, con la seguridad de sus medios, ha sabido aglutinar en un logro de una hermosura nostálgica el espectáculo de esa casita pequeña donde la felicidad reinaba porque había comprensión. Como este poema es como una joya aparte, como un lago tranquilo de serena calma, no podemos dejar de citarlo íntegramente:

“jamás olvidaré, vecina de la ciudad,
nuestra casa apartada, ni su tranquilidad,
su Pomona de yeso, ni su Venus antigua
desnuda en el abrigo de la arbolada exigua;
ni el Sol que, por las tardes, admirable y pacífico,
tras el vidrio, inflamado de resplandor magnífico,
parecía, gran ojo solitario y curioso,
contemplar nuestras lentes comidas en reposo,
aún veo su luz última que temblando se alarga
hasta el mantel frugal y el cortinón de sarga”.

En “Las Flores del Mal” es el único poema que Baudelaire dedica a su hogar y a la vida familiar con su madre. Al leer ella el libro terminado, que el hijo le enviara con tanto acento, ¿se dio cuenta de la alusión directa a esa dicha de ambos para siempre desvanecida? Difícil es saberlo, aunque es probable que ella no haya apreciado cabalmente esta delicadeza del hijo, porque jamás en las cartas que menudeaban entre ambos, hizo alusión a este poema.

De la madre, como por una pendiente natural, el recuerdo se desliza insensiblemente a la sirvienta Marieta, testigo de esa niñez florecida por el amor de la madre hacia su pequeñuelo. Esta mujer humilde compartió los desvelos brindados al niño. La conciencia del hombre maduro conserva esas vivencias pretéritas y se propone dar realidad a ese ser de plácida humildad que desde hace tiempo descansa entre los muertos. Su cariño hacia ella se traduce en un resultado poemático en que el vate establece correspondencia entre el mundo sensible y el mundo del más allá.

¡si en Diciembre, una noche de Diciembre azulada
la viese, en un rincón del cuarto arrebujada,
que ha salido solícita de su lecho eterno!

La misma tierna idea de rendir un tributo a una de esas mil criaturas que pasan por la vida ignoradas y dolientes la tuvo St. Exupery cuando en su libro “Tierra de Hombres” consagra una página emocionante a su vieja ama de llaves para quien el trabajo, la fidelidad y el cariño hacia la familia donde servía constituye toda su vida: “Cuando volvía de mis primeros viajes, te encontraba de nuevo con la aguja en la mano, sumergida hasta las rodillas en tus sobrepellices blancos, y cada año un poco más arreglada, un poco más pálida, preparando siempre con tus manos esas sábanas sin pliegues para nuestros sueños, esos manteles sin costuras para nuestras comidas, esas fiestas de cristales y de luz”.

Pero en Baudelaire existe además en su poema, otra actitud que implica la conciencia de acciones más o menos importantes realizadas en el ámbito de su esfera privada y social; tales acciones parecieran estar reñidas con el "paraíso inocente de los juegos furtivos". Es como si el gusano roedor del remordimiento corroyera su corazón ante la imagen fantasmal que su espíritu resucita.

"si la viera sentarse en su sillón, tranquila!

.....
a aquella alma piadosa, ¿qué le respondería
viendo bañarse en lágrimas su pupila vacía?

Los poemas de "Cuadros Parisienses" dejan sentada la premisa de la flexibilidad del poeta para captar ese poder sugerente, ese contenido emotivo que París encierra. Pero no sólo lo ve en los deshechos de la urbe, en esos seres maltrechos e indigentes, lacra de toda gran ciudad, sino que en su horizonte artístico se delínean siluetas de mujeres hermosas. En la evocación de ellas el poeta sabe brindar en una apretada síntesis los ingredientes esenciales que para él constituyen el mundo suprasensorial. Es decir la percepción recoge los elementos necesarios: un gesto, un traje, una parte del cuerpo para ascender de ahí gradualmente a la emoción que regocija, a una especie de éxtasis en el que la vida desaparece

.....
"Alta, fina, enlutada, dolor majestuoso,
pasó una dama con un gesto fastuoso
recogiendo el volante que en la falda temblaba.
Agil y noble asoma la pierna estatuaría
Yo bebía, clavando mis pupilas sangrientas
en las suyas, cielo hondo con germen de tormentas,
la dulzura que exalta, la muerte voluntaria".

El yo del poeta al adentrarse en la visión, pierde consistencia, se desvanece, se diluye al mismo tiempo que inyecta un tamaño trascendente a la dama que pasa indiferente.

La embriaguez y el vértigo se renuevan al ver otras y otras jóvenes que pasan como aquella "indolente adorada" que fija su atención. En cada nuevo poema va creando aspectos diversos de esa belleza que admira y que él interpreta como un sentir nuevo, porque para él la poesía no es como para los románticos la creación de un verso descriptivo y aun plástico, sino que ella debe saber trasmutar la realidad y convertirse en algo así como una metafísica. Bajo su pluma los personajes adquieren una vida distinta, pues el poeta no busca la verdad, la apariencia externa que los ojos perciben, sino que él cala más hondo; él va tras ese mundo que su sensibilidad advierte y que quisiera liberar, poner al desnudo con su cautivante caudal de emociones. Su intención poética es apoyarse en la diversidad inagotable que la vida le ofrece para crear en sus "Cuadros Parisienses" un palpitante de vida nueva y fijar tras la apariencia baladí lo perdurable, mostrando de paso su inclinación a lo bello

"Pero, ¿no basta con que seas la apariencia
para encender un alma que evita la verdad?
¿qué me importan tus risas y qué tu indiferencia?
¡Salud, mujer o máscara! Yo adoro la beldad".

De aquí se desprende la estética de Baudelaire para quien la poesía es análoga a los paraísos artificiales por él descritos. Es una creación artificial cuyo objetivo es obtener una visión diferente de la realidad. En este sentido Baudelaire es un antepasado de Rimbaud y de Mallarmé que continuaron la senda trazada por él. Su poesía se orienta a investigar el sentido del hombre, el sentido de la condición humana. Pero para realizar este objetivo no se propone ningún fin ético. Oigámoslo decir: "...si el poeta persigue un fin moral, disminuye su fuerza poética y no me parece imprudente avanzar que su obra será mala. La poesía no puede, bajo pena de muerte o de fracaso, asimilarse a la ciencia o la moral". En otra parte agrega: "La poesía no tiene otro fin que ella misma... Ella es revelación de un estado místico". Es por esto que a través de la poesía el poeta puede concebir una realidad distinta de la que el común de los mortales percibe. Este proceso adquiere evidencia en su poema "Danza Macabra". Aquí, una mujer descarnada por los años, la pupila marchita, las vértebras salientes, pretende lucir con la galanura de sus veinte años y rivalizar con las jóvenes que viven la edad florecida y perfumada. Pero Baudelaire es ante todo poeta y su fantasía la adorna de atributos imperecederos; descarta toda contingencia para hacer de ella ante todo un ente de la humana condición

"Muchos te mirarán con un desdén secreto
porque no ven, hambriento de carne el corazón,
la suprema elegancia de la humana armazón;
yo te encuentro a mi gusto, soberano esqueleto".

Al hablar del ser humano, Baudelaire no puede descartar la negra visión que de él tiene, visión que conocemos en ese cuadro que con tintes sombríos introduce como prólogo a sus "Flores del Mal". El encadenamiento de su estado de ánimo le lleva como en una pendiente fatal a desentrañar el mal y el vicio que se esconden en el corazón y en el alma de toda criatura.

"¿Ó quieres en el negro lago de las orgías
refrescar el infierno que está en tu corazón?"

El complejo anímico adquirido por Baudelaire en el transcurso del tiempo actúa necesariamente delante de cada espectáculo que retiene su retina y suele basarse en éste para tratar de esbozar una teoría filosófica que concuerde con su concepción del poeta

"Las gracias del horror cautivan sólo al fuerte".

En el insensible desplazamiento que se produce en el poeta de lo particular a lo general, toca temas que conciernen a toda la humanidad. Advierte al hombre engreído en sí mismo y que se cree diferente a los demás, que las diferencias existentes son sólo superficiales y que el revestimiento hermoso o distinguido, no es sino vanos oropeles con que nuestra mente en-

fermiza trata de ocultar nuestra mísera y angustiosa condición, nuestra fragilidad y nuestra impotencia ante problemas tan importantes como la vida que ansiamos conservar

"Y, sin embargo, todos nos hemos abrazado
a la muerte y vivimos de cosas del sepulcro".

.....
"Por todos tus países la muerte bate el ala
y te sigue en tus danzas, humanidad baldía,
y, a veces, como tú, se viste y se acicala,
y mezcla a tu locura su infinita ironía".

Es así como Baudelaire, de acontecimientos contingentes asciende hasta crear un clima de aseveraciones generales mediante la transfiguración de las imágenes percibidas. Es como si su visión se hipnotizara ante un hecho pequeño, y ese efecto de hipnosis al hacerle perder la noción de lo real le prestara un poder supraterrestre para comprender en todo lo que vale la dimensión del hombre.

Baudelaire, al incluir en "Cuadros de París" la heterogeneidad de las criaturas que habitan la gran metrópoli, ha tratado de verlas principalmente en las calles. Es allí donde sigue a todos los miserables para observarlos y producir, valiéndose de ellos, un efecto estético.

Er. París, el poeta, mira las calles, las ve tumultuosas, agitadas.

Y así vais caminando, estoicas ciudadanas
a través del tumulto de la ciudad viviente".

Esto parece no ser una novedad en la capital francesa. Desde el siglo XVII aparecen en las obras de los poetas quejas contra ese continuo ajetreo de la ciudad. Boileau, en su Sátira VI habla ya de la confusión y tumulto de las calles, y Montesquieu más tarde en sus "Cartas Persas" describe en forma irónica este esfuerzo agobiador, este desagrado que significa el deambular por sus estrechas veredas.

Pero, como lo hemos visto anteriormente, en la época de Baudelaire, este aspecto ha cambiado totalmente. Por lo demás el mismo señala:

"Ya no existe el París antiguo (una ciudad
ya no cambia más que un hombre, multiforme Babel)

Pero la transformación de la ciudad lo deja indiferente. Esta ciudad embellecida no es la que conoció cuando niño y esta urbe nueva pareciera desconocerla y desconcertarlo, ¿será porque ella encierra al mismo tiempo todo el cambio ensombrecido de su vida? El primer golpe fue el matrimonio de su madre con el comandante Aupick, su internado más tarde, seguido de su viaje infortunado a las Indias. Luego la disipación y pérdida de toda su fortuna, su búsqueda de amores insatisfechos, su esfuerzo poético para adquirir una técnica depurada y como golpe final el proceso contra "Las Flores del Mal". ¿Cómo entonces no podía él asirse a esa urbe de su niñez, cuando todo se ve a través de la dicha y de la prístina inocencia; cuando todo a su alrededor brilla y canta con ese alborozo sin mancha? Después de esta comprobación no es raro oírlo decir:

“Sólo veo, en espíritu, aquellos barracones
de otros tiempos, los mástiles, los toldos colosales,
y los yerbajos ávidos junto a los aguazales:
aún escucho zumbar resonantes pregones”.

El poeta no desconoce el adelanto de la ciudad, pero este progreso no está acorde con su estado anímico. La vida lo ha endurecido; ya hemos visto todos los sinsabores que ha debido apurar. Es entonces natural que la reminiscencia se enseñoree de su espíritu. La actividad de su fuerza interior lo impele a trascender la realidad presente para situarse en aquella de otra y juxtaponer una presencia ideal que tiene para él una validez absoluta.

..... “en mi melancolía
nada cambia!, y las casas y los palacios, como
los viejos barrios, todo se hace alegoría,
y mis recuerdos son pesados como el plomo”.

Baudelaire, que en sus días de vagancia ha penetrado todos los rincones de su querido París, pareciera desinteresarse por presentar una imagen acabada de la ciudad. Personificándola como a una compañera de todos sus momentos la ve cuando se abren,

“sus ojos al trabajo y se cernía al viento
el huracán de polvo de la limpieza urbana”

pero el dar una visión plástica de ella no es el objetivo de su poesía; pero como al azar, como sin pretenderlo, va citando de paso algunos lugares: una plaza, su buhardilla, el nuevo carrusel, pero sobre todo va transmitiendo su impresión de todo aquello que ve: “la calle sombría”, “los patios marciales”, “el Sena desierto”, “un viejo albañal de arrabal”, y todo esto inserto “en los repliegues” de la vieja capital, París la milenaria, la

“Gran ciudad, de los sueños hormiguero espantoso,
donde al pasar notamos que un espectro recula”

Pero como la visión del poeta tiene variadas facetas, añade a esta imagen de la ciudad otro aspecto que proyecta representar la realidad inescrutable, valiéndose de elementos que implican correspondencias verticales entre la tierra y el cielo, como chimeneas y mástiles. Esa realidad de impalpable belleza que quiere resucitar adquiere reciedumbre con la adecuación expresiva del lenguaje utilizado por Baudelaire

“Quiero yo componer mis églogas más puras
igual que los astrólogos viviendo en las alturas
cerca de las campanas para oír soñoliento
sus corales, que arrastra solemnemente el viento”

Es el espíritu de París que el poeta se propone configurar ahora, partiendo de la experiencia de su propia interioridad. Sus vivencias que han adquirido sentido poético en la presentación de las criaturas que pueblan la ciudad y en una vista panorámica de la misma, adquieren nuevo tinte ante la voluntad consciente del poeta de superación de la realidad. La ilusión entra

en juego para crear matices que den una validez universal a sus impresiones sentimentales y a su sentimiento estético. Este pareciera florecer ante la presencia magnífica del sol:

“Este gran padre putativo de las cosas que
hace abrirse en los campos los versos y las rosas”.

Baudelaire establece el nexo entre lo abstracto y lo concreto, entre dos objetos bellos, las rosas, obra del creador, y los versos, producto de una emoción al contacto de la belleza que proviene de lo Alto. El poeta tiene un modo especial de encarar lo real, él transmuta su esencia y el objeto visual que nuestra sencillez observa adquiere relieves inimaginados de una riqueza inagotable ante la depurada expresión. Esta obra que Baudelaire efectúa con la plena conciencia de sus medios la asimila a la acción del sol, fuente inagotable y universal de vida e inspiración:

“Cuando como un poeta desciende a las ciudades,
rampan en campo heráldico todas las realidades”.

De este modo nuestro poeta, con esa inspiración recibida del astro esplendoroso puede exclamar gozoso:

“y cojo en flor un verso hace tiempo soñado”.

Su mirada en lo alto pareciera intensificar su fuerza creadora; es la elevación del ser que entretiene en un mundo “lejos del océano de la inmunda ciudad”, otro mundo ideal cerca de “las estrellas del cielo” para que su fantasía pueda

... “alzar en la noche mil palacios de hadas”.

La estética racional desaparece para ser suplantada por otra sin limitaciones en que la tensión emocional lo exalta exigiéndole un distanciamiento completo en el espacio y en el tiempo. La imaginación teje entonces su trama sutil y conforma una unidad anímica que lo lleva a decir:

“Veré, entonces, de nuevo, horizontes con astros,
jardines, saltos de agua en tazas de alabastros
besos, flores y pájaros cantando en la fragancia,
y todo lo que tiene el idilio de infancia.”

Recorre París imbuido en este estado semiconsciente en que sus ojos obnubilados, perdidos, ven más allá del espectáculo que se ofrece a su vista; es obvio entonces que la transformación de la materia se produzca inexorablemente y que ese proceso sea facilitado por el recuerdo de los tiempos de antaño. Evidentemente hay un elemento que el medio le ofrece como aquel cisne que escapara del encierro forzado en que lo mantenían. La interpretación que de esta ave ofrezca Baudelaire dependerá de su estado sicológico y de todo cuanto lo condicione. Es por lo demás su patrimonio espiritual, su sentir íntimo estableciendo relaciones inéditas temporales y metafísicas.

"Aún lo veo a aquel cisne, a aquel mito fatal,
aún le veo mirar, como el hombre de Ovidio
al cielo azul, tranquilo y cruelmente irónico,
torcer el cuello en ansias de sed y de fastidio
y dirigirle a Dios un reproche sardónico".

Esta representación nueva de una visión pretérita envuelve todo el sentir del poeta, ese sitio inexpugnable asiento de la esencia de sus principios poéticos. Pero su concepción no se estanca en una ensoñación por bella que ésta sea, avanza e introduce además, reactualizada, su idea de la divinidad, idea que está siempre presente en "Las Flores del Mal". En su poema "Correspondencias", ya había hecho ver que el mundo corresponde a una intención divina, que ha sido hecho por y para un Dios. El cisne, aquél de su recuerdo, adquiere vida espiritual, se personifica la inmanencia de la visión y traduce una concepción espiritual de Baudelaire. Esta actitud suya de crítica a Dios creemos corresponda más bien a un ardiente deseo del poeta de liberación y de comprensión, pero no a un sentimiento constante, ya que en el poema "Bendición" mostraba gratitud y veneración a Dios "¡Sed bendito, Señor!"

El poeta, el verdadero poeta que es Baudelaire, no puede liberarse de sus sueños. Exteriormente vive la vida de muchos parisienses, apariencia distinguida y gentil, modales agradables, tenida irreprochable, pero su aprehensión del mundo es original; hay un desajuste completo en lo que los demás perciban y la realidad que aisladamente se descubre a él.

"De aquel paisaje terrible
que ojo mortal nunca vio,
todavía hoy me agitó
el encanto indefinible".

No debemos olvidar que la vida de Baudelaire está dominada por el fastidio, un hastío de todo, un cansancio que fluye de su ser y que lo impregna. Pareciera ser una criatura de un mundo sideral que marcha arrobada, perdida entre la inquietud de la gran urbe. Es natural entonces que en la configuración de sus poemas aparezcan estos rasgos atávicos de su personalidad. En "Sueño Parisino" dedicado a su amigo el dibujante Constantino Guys fluye libremente la aprehensión de este rasgo personal que el poeta evita por lo general manifestar.

"Y en mi indolencia genial
saboreaba y bebía
la enorme monotonía
de mármol, piedra y metal".

Pero el poeta suele tener despertares amargos, no siempre puede eludir los hechos contingentes, y, entonces percibe nítidamente el cariz de los objetos que tienen un aspecto antagónico, no acorde con la visión embellecida que de ellos tenía. Es el albatros que se arrastra herido sobre la nave, es el mortal que como miembro integrante de la humana condición sufre, dolido de cuanto le rodea

"Cuando vuelvo a abrir los ojos
veo mi vivienda obscura
y siento la mordedura
de los diarios enojos".

Al examinar los "Cuadros Parisienses" resalta que las vinculaciones de Baudelaire con la ciudad se establecen principalmente en la noche. Su melancolía sabe extraer de ella una percepción temporal y sensorial exquisita; es como si aquella toda estuviera entrelazada por los mil encantos que la oscuridad le brinda. Se produce una especie de mimetismo entre su estado anímico y lo lóbrego. Así la invoca fervorosamente: "¡Oh noche, amable noche!". La noche se presta al desdoblamiento del poeta, al coloquio del alma consigo mismo. La quietud y la sombra revisten al apóstrofe lírico de una honda solemnidad.

"En el grave momento, recógete, alma mía,
y cierra tus oídos a toda algarabía".

El dolor del poeta que se manifiesta en diferentes ocasiones en "Las Flores del Mal", había estallado también violento en el poema "Recogimiento", y sus dimensiones particularmente acrecentadas y agudizadas imploran las sombras para recogerse y guardar sólo para sí ese sufrimiento que lo domina. El poeta habla a su dolor:

"La noche reclamabas
y ha venido a envolverse cuando hablabas".

El influjo de la noche sobre la emotividad del poeta, influjo que se vuelve sobre su facultad creadora, transmite una impresión estética a todos los seres que su fantasía invoca, aun a aquellos que se albergan en tétricos lugares como hospitales o casas de tolerancia.

La noche lo hace mirar al cielo y ¿cómo no hacerlo si se siente como un extraño en la tierra? En la placidez del firmamento de las tardes serenas ve reflejarse el astro que le recuerda los sentimientos eróticos de la humanidad. El poeta no podría separar de sí esta visión sin dirigirle por lo menos una invocación:

"¡Oh, luna que adoraron las edades primeras!"

El temperamento de Baudelaire se inclina a la tristeza, por eso es que al pintar París nos presenta de él un cuadro sombrío. Establece entonces, entre su estado anímico y la ciudad que ama, vinculaciones mutuas. El sabe captar y valorar con un criterio estético esos días lluviosos cuando la naturaleza exterior y el espíritu entrustecido pueden vibrar al unísono. Si el estado afectivo encuentra eco en lo que alrededor acontece y si el vocabulario escoge esa activa emoción, el resultado será una poesía de un contenido inefable, como el poema titulado: "Brumas y lluvias". No es dable describir la apelación estética de este poema, que junto con develar la indigencia de dicha del poeta, simboliza su estado de ánimo y su inclinación a presentar el aspecto lóbrego de cada estación del año.

“¡Oh, fin de otoño, invierno, brumosas primaveras, estaciones del sueño! Yo os estimo de veras que así déis a mi alma y a mi razón escasa ese sudario de humos y esta tumba de gasas”.

Y en su falencia de todo regocijo invoca a la lluvia, como si fuera para él un bálsamo que refrescara su doliente corazón, aunque la imagen que de ellas nos transmite encierra una idea de destrucción que conlleva la lenta muerte del propio yo.

“y en las noches de lluvia que oxidan la veleta”.

A través de lo que hemos visto en este breve análisis de los poemas contenidos en “Cuadros Parisienses”, se desprende como una primera comprobación, que Baudelaire ve principalmente en París la fealdad y la miseria. La ciudad que él diseña es más bien sombría, pero el poeta ha sabido ver y hacernos sentir la grandeza y belleza de la miseria oculta que ella encierra. París le parece triste en la medida que él mismo está triste. Esto le hace establecer una especie de correspondencia entre su estado de alma y la ciudad que él habita, como un producto genuino, común a ambos. Los diversos elementos que constituyen sus poemas nos dan una pauta para valorar el encanto que el poeta encuentra en París. Gran parte de este encanto está constituido por elementos irreales que lo conducen a la ensoñación. Fuera del aporte ideal están también los seres reales que han cautivado su actividad creadora y que desfilan innumerables ya monstruos, ya sensuales, ya bellos, ya fantasmales.

Como un grupo aparte, estableciendo con los anteriores diferencias dimensionales, están los artistas con quienes a diario ha convivido y a quienes distingue como los faros de la humanidad. En “Las Flores del Mal” los señala y los califica, pero en los poemas insertos en “Cuadros Parisienses” sólo cita a uno de ellos, Manet, el pintor que evolucionó hacia el impresionismo, esa pintura sugestiva como la poesía de Baudelaire, que crea una relación entre el mundo sensible y el mundo del más allá y que permite establecer evocaciones y sugerencias. Tal vez Baudelaire amó a Manet, porque éste chocó a su siglo con su pintura como el poeta lo hiciera con sus versos.

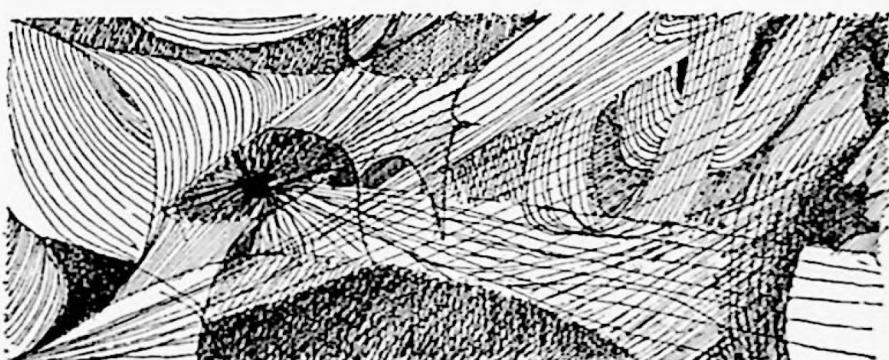
Baudelaire, en estos poemas analizados, ha sabido controlar casi todas las manifestaciones de su yo exterior. Como testimonio de lo dicho podemos observar su voluntad decidida a ocultar todo cuanto a su vida privada se refiere; esto se advierte en la ausencia de título en los dos poemas que conciernen su familia y su vida hogareña. De este modo pretende no dejar traslucir la emotividad que este recuerdo le produce y, recordemos además, que Baudelaire en la noche parece despertarse a otra vida, y los sentimientos que la visión nocturna de París hacen aflorar a su espíritu los traslada a sus poemas en una visión suya originalísima. Ya vimos que en la noche su pensamiento se ensombrece y su pesimismo aflora entonces más pujante al comprobar lo ilusorio de sus creencias y la falta de asidero de todo principio. Atacado por una especie de nihilismo grita enloquecido:

"Y que la Nada hace traición,
y que la Muerte también miente".

Las imágenes diversas que de la metrópoli ofrece Baudelaire forman a pesar de sus diferencias una unidad anímica subyacente que permanece constante a través de todos sus poemas. Ha podido ver de él mil aspectos naufragiosos, pero reconoce su fascinante desarrollo material y espiritual que le hacen aparecer ante el mundo con "ojos de coloso" y demuestra a la humanidad que si su ciudad querida ha alcanzado un alto sitio a través de los siglos, lo debe a sus dotes de trabajo y esfuerzo. En un clima de entusiasmo Baudelaire exclama personificando a París:

"empuñaba sus útiles anciano laborioso"

Como "Cuadros Parisienses" formaron primitivamente parte del grupo de poemas titulados "Spleen e Ideal", en el conjunto de poemas dedicados a París, se perciben las pulsaciones de estos dos aspectos; el tedio, el fastidio, la esperanza y el ideal se entrecruzan con emanaciones sutiles envolviéndolo todo en una atmósfera de sugerencia trascendente que acumula una carga poética donde resalta la omnipresente idea artística del poeta.



Nota: Los poemas citados en castellano han sido tomados de la traducción hecha por el poeta español Eduardo Marquina.